

VICTORIA VÍLCHEZ

NO ME

QUIERES,

NO TE

QUIERO

Copyright

EDICIONES KIWI, 2016

info@edicioneskiwi.com

www.edicioneskiwi.com

Editado por Ediciones Kiwi S.L.

Primera edición, mayo 2016

© 2016 Victoria Vílchez

© de la cubierta: Borja Puig

© de la fotografía de cubierta: iStock

© Ediciones Kiwi S.L.

Gracias por comprar contenido original y apoyar a los nuevos autores.

Quedan prohibidos, dentro de los límites establecidos en la ley y bajo los apercibimientos legalmente previstos, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, ya sea electrónico o mecánico, el tratamiento informático, el alquiler o cualquier otra forma de cesión de la obra sin la autorización previa y por escrito de los titulares del copyright.

Nota del Editor

Tienes en tus manos una obra de ficción. Los nombres, personajes, lugares y acontecimientos recogidos son producto de la imaginación del autor y ficticios. Cualquier parecido con personas reales, vivas o muertas, negocios, eventos o locales es mera coincidencia.

Índice

[Copyright](#)

[Nota del Editor](#)

[1](#)

[2](#)

[3](#)

[4](#)

[5](#)

[6](#)

[7](#)

[8](#)

[9](#)

[10](#)

[11](#)

[12](#)

[13](#)

[14](#)

[15](#)

[16](#)

[17](#)

[18](#)

[19](#)

[20](#)

[21](#)

[22](#)

[23](#)

[24](#)

[25](#)

[26](#)

[27](#)

[28](#)

[29](#)

[30](#)

[31](#)

[32](#)

[33](#)

[34](#)

[35](#)

[36](#)

[37](#)

[38](#)

[39](#)

[40](#)

[41](#)

[42](#)

[43](#)

[44](#)

[45](#)

[EPÍLOGO](#)

[AGRADECIMIENTOS](#)

*A ti, que te rompieron el corazón y dejaste de confiar in-
cluso en ti mismo.
Eres más fuerte de lo que crees.*

No puedo volver al pasado porque entonces era una persona diferente.

Alicia en el País de las Maravillas
Lewis Carroll

Y una vez que la tormenta termine, no recordarás cómo lo lograste, cómo sobreviviste. Ni siquiera estarás seguro de si la tormenta ha terminado realmente. Pero una cosa sí es segura. Cuando salgas de esa tormenta, no serás la misma persona que entró en ella. De eso se trata esta tormenta.

Tokio Blues (Norwegian Wood)
Haruki Murakami

1

HACERSE LA FUERTE

—¡No! ¡No! ¡No! —le grito a Zac, aunque me estoy partiendo de risa.

Estamos en la playa, en pleno agosto, y no cabe un alfiler. Hay tanta gente que es imposible moverse sin tropezar con alguien.

Él suelta una carcajada y da saltitos entre las toallas para llegar hasta la orilla, mientras carga conmigo sobre uno de sus hombros. Va a tirarme al agua sin contemplaciones a pesar de que me esté desgañitando como una imbécil y amenazándolo de muerte.

Pataleo y le doy unos cuantos manotazos en la espalda, que tiene cachas porque no falta nunca a su cita con el gimnasio. Para Zac, su cuerpo es como un templo al que rendir culto y, lo creáis o no, tiene razones de sobra para pensar así. Es un tiarrón de veinticuatro años y metro ochenta con las espaldas anchas, músculos en el abdomen de esos que permitirían hacer la colada restregando contra ellos, un culito firme y ni un gramo de grasa. Estoy segura de que ahora mismo soy la tía más envidiada de toda la playa.

Mis esfuerzos caen en saco roto. Al contrario que él, no piso un gimnasio ni por equivocación. Mi escaso metro sesenta no puede competir con su cuerpo de atleta. Me concentro en evitar que mis tetas abandonen la protección de la exigua parte superior del bikini y me rindo a lo inevitable.

—¡Joder! —exclamo, y no tiene nada que ver con la palmadita que Zac acaba de darme en el trasero.

Zac no es que sea norteamericano y tenga ese nombre molón. Esto es España y algún defecto tenía que tener el pobre. En realidad, se llama Zacarías y sus padres son personas crueles o estaban borrachos cuando lo bautizaron.

Mi exabrupto consigue que Zac vuelva la cabeza y me mire por encima de su hombro. Un mechón del color de la miel le cae sobre la frente y resopla para apartarlo.

—¡Bájame, Zac! —exclamo, y vuelve a reírse.

Me gustaría decirle que lo menos que me importa es el chapuzón, pero la sangre se me ha acumulado en la cabeza y lo único que hago es tratar de respirar y seguir agarrándome el biquini. Cualquiera se atreve a comentarle que acabo de ver a mi exnovio de pie en la arena, observándonos con esa mirada tan intensa que hace que me hormigueen hasta las puntas de los pies. Mi corazón trabaja a marchas forzadas y no es solo por la inminente caída al agua. Sé muy bien que no se trata de eso.

Zac me lanza al mar cuando ya se ha internado en él hasta la cintura. Por mucho que lo espere, me pilla con la boca abierta y el líquido se me cuela a la vez por la nariz y la garganta. ¡Está helada! Salgo a la superficie con el pelo pegado a la frente y escupiendo agua e improperios a partes iguales. Él se parte de risa aunque lo miro con todo el odio que consigo reunir, que no es mucho, porque es Zac y odiarlo es bastante difícil.

—Tu teta me está deslumbrando —me dice, entre carcajada y carcajada.

Reacciono llevándome la mano al pecho y sumergiéndome hasta el cuello, y él se ríe más fuerte todavía.

—Es como un jodido reflector —se burla, aludiendo a la blancura inmaculada de mi pecho rebelde.

—No todos nos despelotamos para tomar el sol —replico, y le enseño la lengua, lo cual no deja de restarle casi toda la dignidad a mi reproche.

Ahora mismo lleva un bañador azul que le llega hasta mitad de muslo, pero no tiene problemas en acudir de vez en cuando a alguna de las playas nudistas de la isla y tumbarse a tomar el sol como su madre lo trajo al mundo. Siempre he pensado que tiene un punto exhibicionista.

—Tú también deberías —contesta—, antes de que dejes ciego a alguien con tus melones.

Me tiro sobre él y le agarro de los hombros. Intento hundirlo con poco éxito. Al final, me lo permite, porque de otra forma nunca hubiera podido con él, y recupero así algo del orgullo perdido. Me subo a su espalda y busco a mi ex con la mirada. Tardo poco en localizarlo. Un tío en vaqueros en la playa llama bastante la atención, y si a eso le sumamos que su brazo derecho está cubierto de tatuajes, así como parte del izquierdo y del pecho, ya os podéis imaginar. Tiene los ojos entornados y la vista fija en nosotros. Debe de estar muerto por venir hasta donde estamos y soltar alguna que otra bordería por esos sugerentes labios. Si le conoceré yo...

Hace dos años que no nos vemos, pero hay cosas que nunca cambian.

—Voy a salir —le digo a Zac, con mi mejor voz de espía.

—¿Quieres que te lleve hasta la toalla? —se ofrece, y hace ademán de cogerme en vilo de nuevo.

Lo esquivo y le dedico una peineta. Él agita la cabeza y se aleja braceando como si fuera un nadador profesional.

—¡Cuidado con los angelotes! —le grito, porque este verano han mordido a unos cuantos bañistas.

Ni siquiera me presta atención. Yo creo que piensa que caerían rendidos a sus pies y no osarían morderle. Riendo, salgo del agua y miro sin disimulo en dirección a donde se encuentra mi ex.

«Madre mía, ¡qué bueno está!», me lamento.

Álex, que es como se llama, es muy diferente a Zac. No es tan alto ni tiene todos esos músculos que Zac luce con tanta alegría. Es más delgado y desgarrado, aunque también muy atractivo. Tiene ese aire de chico malo —porque lo es— repleto de tatuajes y con un pitillo siempre entre las manos. Los vaqueros le cuelgan de las caderas como si esa prenda la hubieran inventado expresamente para él. No lleva camiseta y sus pies descalzos están semienterrados en la arena. Sé que tras las gafas de sol se esconden unos ojazos color avellana que hipnotizarían a una cobra y la harían morderse a sí misma.

Me dirijo hacia él. No tiene sentido fingir que no lo he visto. Como siempre que nos reencontramos, me tiemblan las rodillas. Él fue mi primer amor y para resumirlo diré que nos consumimos el uno al otro de una manera poco común. Nunca, nada entre nosotros, fue aburrido.

—Estás hecho un macarra —le espeto en cuanto llegó hasta él.

Esboza una de sus pícaras sonrisas y algo dentro de mí se remueve por su cercanía. Reconozco la sensación como algo familiar y me pregunto si alguna vez dejaré de sentirme así al verle. Es raro tenerle frente a mí y a la vez parece lo más normal del mundo.

Se inclina y me da dos besos, demasiado cerca de las comisuras de los labios.

—Te veo bien —comenta, y yo asiento.

Hay un grupo de chicas tomando el sol a su alrededor y otros tantos chicos junto a ellas. Supongo que son sus amigos, aunque no reconozco a ninguno. Nos observan con la antena bien puesta para no perder detalle. Conociéndole, dudo mucho de que sepan quién soy.

—Pensaba que estabas en el extranjero.

Lo último que supe de él es que se había ido a Malasia, o Tailandia, o algún lugar exótico y lejano a ver mundo y vete tú a saber qué más. Mi comentario parece sorprenderlo, como si no esperase que estuviera al tanto de sus idas y venidas. No es que viva pendiente de lo que hace, pero Tenerife es una isla pequeña y al final todo se sabe.

—Regresé hace unos meses —replica, con desgana.

Nos quedamos callados y él se entretiene dándome un repaso exhaustivo de arriba abajo, sin cortarse lo más mínimo. Desliza la mirada por mis piernas hasta mi cintura y luego pasa a mi delantera. Al final, vuelve a concentrarse en mis ojos y me dedica una sonrisa lastimera, como si fuera a morder el anzuelo y creerme ese aire de niño abandonado que se le da tan bien imitar.

—¿Cómo te va? —inquieta, tras unos segundos, y frunce los labios en un mohín seductor que hace que me muera de ganas de darle un mordisco y saborearle de nuevo.

No obstante, me contengo y le sonrío antes de contestar:

—Todo genial, como siempre.

—Ya lo veo —me dice, con un tono socarrón impropio de él.

Álex no necesita recurrir al halago fácil para ligar. Tiene ese halo sexual que invita a entregarle cualquier cosa

que te pida, y lo que no te pida también. Aunque conmigo siempre fue muy expresivo, lo normal es que un movimiento de ceja le baste para llamar la atención de una chica.

Ahora soy yo la que deja vagar la mirada y se llena los ojos de él. Examino sus tatuajes para darme cuenta de que tiene al menos cinco nuevos. Es tan adicto a la tinta como en su día lo fue a mis besos. Lástima que yo no fuera para toda la vida.

—¿Te vas a quedar?

No es que me importe, o tal vez sí. De algo tenemos que hablar y no estoy por la labor de echarle en cara lo que me hizo pasar. Aun así, si paso algunos minutos más hablando con él es probable que acabemos los dos enfrascados en una guerra de reproches. Es inevitable.

—Eso parece —me dice.

Trago saliva y, por primera vez desde que estamos charlando, giro la cabeza para buscar a Zac. Le veo pasar a cierta distancia en dirección a nuestras toallas; yo y todas las tías en veinte metros a la redonda que siguen sus pasos mientras se lo comen con los ojos.

—Bueno, ya nos veremos por ahí —me despido, rezando, sin tener muy claro si para verlo o para no tener que tropezarme con él.

—¿Tu novio?

—¿Eh?

—¿Que si es tu novio? —repite, señalando a Zac.

Reprimo el arrebató, bastante infantil por mi parte, de ponerme a bailar al comprender que está muerto de celos. Álex llevaba lo de ser celoso a un nivel superior cuando estábamos juntos. En ocasiones, se convertía casi en un maníaco solo por verme hablar con algún amigo. Esa es una de las muchas —muchísimas— razones por las que lo nues-

tro no acabó bien. Aunque, tal vez, lo de acabar es mucho decir. Lo nuestro es más bien la historia interminable. No sería la primera vez que hay una repetición de la jugada.

Agito la cabeza para apartar ese tipo de pensamientos de mi mente.

—Algo así —contesto de forma vaga.

Si le satisface o no mi respuesta, no muestra emoción alguna al respecto.

—Nos vemos —añado, y me vuelvo muy digna para ir al encuentro de Zac.

Lo que de verdad deseo en ese instante es saltar sobre Álex, enroscar mis piernas alrededor de su cintura y besarle como si el mundo se fuera a acabar mañana. Pero me limito a poner un pie delante de otro y caminar directa hacia mi toalla. Da igual que me esté quemando la planta de los pies con la arena, que arde bajo el sol de las dos de la tarde, me niego a alejarme de él a la carrera como si estuviera huyendo.

Hay que ver lo que duele hacerse la fuerte...

2

DOS AMORES EN LA VIDA

—¿Qué? ¿Confraternizando con el enemigo? —se burla Zac.

Nunca ha visto a Álex en persona hasta ahora, pero en un par de ocasiones le he mostrado el álbum de fotos que escondo en el último cajón de mi cómoda. Supongo que mi ex es alguien fácil de reconocer.

Aunque conoce de sobra la historia, su tono es más bien jocoso. Muy propio de él.

—Necesito dos minutos largos —le digo, con una actitud de lo más dramática.

Me tiendo boca abajo, deshago el nudo del sujetador del bikini, y clavo la nariz en la tela rizada de la toalla.

—¡Joder! —exclamo, muy bajito, por segunda vez en menos de una hora.

Zac se ríe y me aparta el pelo del cuello.

—¿Tengo buen aspecto? Seguro que parezco una loca.

Me peino el pelo con los dedos, de una forma un tanto frenética. Él me sujeta la mano para que pare.

—Estás jodidamente hermosa. Pareces una sirena recién salida del mar, pero con dos preciosas piernas en vez de una asquerosa cola de pez —me anima, y estoy segura de que miente como un bellaco.

Invade mi toalla y se echa sobre mí, sin pudor ni vergüenza alguna, y yo me lo tomo como algo de lo más normal. Zac hace ese tipo de cosas a todas horas.